

desmoralizado no se detendría hasta París, hacia donde avanzarían los prusianos como triunfadores. Tal era nuestra situación militar, y tal la opinión que de ella tenían formada nuestros generales.

No era mejor ciertamente la que en París dominaba, creciendo aquí al par del peligro la irritación.

La inmensa capital, sin embargo, que nunca vió al enemigo en su seno y que de su poder concibiera una idea en proporción de la magnitud de su recinto y población, creía difícil que se pudiera penetrar dentro de sus muros, y menos temía el peligro militar aun lejos de ella, que los peligros de una reacción provocada por el realismo momentáneamente abatido. Así como en la frontera los generales no veían más que á los prusianos, así en el interior nada se temía si no eran las sordas maquinaciones aristocráticas fraguadas en contra de la libertad.

Decíase que no porque el rey estuviera prisionero dejaba de existir su partido, y que éste conspiraba, como antes del 10 de agosto, para entregar París al extranjero. Suponíase que existían en las grandes casas de la capital depósitos de armas, prontas á brillar á la primera señal, á salvar á Luis XVI, á apoderarse de la autoridad y á entregar, en fin, la patria desarmada al yugo de la coalición y de los emigrados. Esta relación que existía entre el enemigo *interior* y el enemigo *exterior* llenaba por completo los espíritus. *Es necesario*, se decía, *librarnos de los traidores*, y de ahí nacía la idea horrenda de inmolarse á los vencidos, idea que en la mayoría era un simple movimiento de la imaginación, pero que en algunos hombres, más sanguinarios, más ardientes, ó más propensos á la acción, podía trocarse en proyecto real y meditado.

Ya sabemos cuánto se trató de vengar al pueblo de los golpes que recibiera en la jornada del 10, así como el violento altercado que con motivo de la creación del tribunal revolucionario había surgido entre la Asamblea y la municipalidad. Este tribunal, que había decapitado ya á Dougremont y al desventurado Laporte, intendente de la Casa Real, obraba con harta lentitud, á juicio de un pueblo furioso, cuyo celo exaltado veía enemigos de todas partes, necesitaba procedimientos más veloces para el castigo de los *traidores* y con grande encarecimiento pedía entender en el juicio de los sometidos al alto tribunal de Orleáns. Eran éstos en su mayor parte, como ya sabemos, ministros y altos funcionarios acusados del delito de prevaricación, contándose entre los primeros á Delesart, ministro que fué de Estado. De todas partes se lanzaban quejas contra la lentitud de los procedimientos, y en su virtud se pedía el traslado á París de los acusados para ser sometidos al tribunal de 17 de agosto. Consultada la Asamblea acerca del particular, ó, por mejor decir, forzada á ceder ante el voto general que pedía un decreto de traslado, opuso una valerosa resistencia. El alto tribunal nacional, decía, es un establecimiento constitucional á que no podemos tocar careciendo de poderes constituyentes, y porque todo acusado tiene derecho á ser juzgado solamente en virtud de leyes anteriormente promulgadas. De nuevo tuvo esta cuestión el privilegio de levantar un enjambre de peticionarios y por ella debió la Asamblea resistir á su vez á una minoría apasionada, á la municipalidad y á las secciones desenfrenadas. Li-

mitóse á hacer más expeditivos algunos de los procedimientos, pero decretó que los acusados ante el alto tribunal permanecerían en Orleáns, sin poder ser distraídos de la jurisdicción que por virtud constitucional tenían asegurada.

Así, pues, existían dos opiniones; unos pedían el respeto para los vencidos, sin que por esto se desplegara menos energía contra el extranjero, en tanto que otros querían, antes que correr á atajar el paso al enemigo armado que avanzaba sobre París, que fueran inmolados los enemigos ocultos que la capital encerraba en su seno. Este último propósito, antes que opinión, era un sentimiento ciego y feroz, mezcla de pavor y cólera, que el peligro debía estimular.

La irritación que reinaba entre los parisienses no reconocía límites por lo mismo que eran mayores que en parte alguna los peligros que amenazaban su ciudad, foco perenne de todas las insurrecciones y principal objetivo de la marcha de los aliados. Acusaban á la Asamblea, compuesta de diputados por los departamentos, de querer abandonar la capital, y sobre los girondinos en particular, que procedían en su gran parte de las provincias del Mediodía y formaban aquella mayoría moderada tan odiosa á la municipalidad, pesaba la acusación de querer sacrificar á París en odio á la capital. Atribuíanseles de esta manera sentimientos asaz naturales y que los parisienses pudieron creer habían provocado; mas estos diputados amaban harto sinceramente su patria y su causa para pensar en semejante abandono. Verdad es que siempre manifestaron la opinión de que si el Norte se perdía, podrían replegarse hacia el Mediodía; ni lo es menos que en aquel mismo instante había entre ellos quien estimaba prudente trasladar al otro lado del Loira el asiento del gobierno; mas no es justo suponer que por sacrificar una ciudad odiosa, ó por acrecentar su influjo, pensaran en verificar aquel traslado á un país en donde imperaban, porque tales sentimientos no cabían en su corazón. Tenían demasiada elevación de alma y poderío, y confiaban demasiado en la próxima Convención para pensar ya en alejarse de París.

Censurábase, pues, á un tiempo su indulgencia con los traidores y su descuido por los intereses de la capital; y aun teniendo en su favor el número y la razón, debían ceder á la actividad y energía de sus adversarios, porque luchaban contra los hombres más violentos. En el consejo ejecutivo eran cinco contra uno, pues además de los tres ministros, Serván, Claviere y Roland, individuos de su seno, los otros dos, Monge y Lebrún, eran también de su elección.

Sin embargo, Dantón solo, que sin ser su enemigo personal no tenía su moderación y sus opiniones, Dantón dominaba en el consejo, robándoles toda su influencia. Mientras que Claviere trataba de reunir algunos recursos financieros, y Serván se apresuraba á obtener refuerzos para los generales, y Roland exponía las circulares más sabias para ilustrar á las provincias, guiar á las autoridades locales, impedir las invasiones del poder, y contener las violencias de toda especie, ocupábase Dantón en colocar en la administración á todos sus partidarios. Enviaba á todas partes á sus fieles franciscanos, adquiriendo de este modo apoyos numerosos, y hacía compartir á sus amigos los beneficios de la revo-

lución. Atrayéndose á sus colegas, ó intimidándoles, sólo hallaba obstáculo en la rigidez inflexible de Roland que rechazaba á menudo las medidas ó las personas propuestas. A Dantón le contrariaba esto; pero, sin romper con Roland, hacía lo posible por obtener el mayor número de nombramientos ó decisiones á su favor.

Dantón, cuyo verdadero dominio estaba en París, quería conservarle, y había resuelto impedir toda traslación más allá del Loira. Dotado de extraordinaria audacia, y habiendo proclamado la insurrección en la víspera del 10 de agosto, cuando todo el mundo vacilaba aún, no era hombre capaz de retroceder, y pensaba que convenía hacerse fuerte en la capital. Dueño del consejo, relacionado con Marat y el comité de vigilancia del Ayuntamiento, escuchado en todos los clubs, viviendo, en fin, en medio de la multitud como en un elemento que dominaba su voluntad, Dantón era el hombre más poderoso de París; y su fuerza, basada en un carácter violento que le ponía en relación con las pasiones del pueblo, debía ser temible para los vencidos. En su ardimiento revolucionario, Dantón se inclinaba á todas las ideas de venganza rechazadas por los girondinos; era el jefe de aquel partido parisiense que decía: «No retrocederemos; pereceremos en la capital bajo sus ruinas; pero nuestros enemigos morirán antes.» Así se preparaban en las almas atroces pasiones, que debían producir como consecuencia las más horribles escenas.

El 26 circuló rápidamente la noticia de la toma de Longwy, ocasionando en París general agitación. Discutióse durante el día sobre su verosimilitud, pero al fin no cupo ya duda, y supose que la plaza había abierto sus puertas después de un bombardeo de algunas horas. La irritación fué tal, que la Asamblea decretó la pena de muerte contra todo aquel que hallándose en la plaza sitiada propusiera rendirse; y atendiendo á la demanda del Ayuntamiento, ordenóse que París y los departamentos vecinos presentasen en pocos días treinta mil hombres armados y equipados. El entusiasmo que reinaba podía facilitar este alistamiento, y el número tranquilizaba á los que se creyeran en peligro. No se creía que cien mil prusianos pudieran vencer á varios millones de hombres resueltos á defenderse; y en su consecuencia, trabajóse con nueva actividad en el campamento de París, habiéndose reunido todas las mujeres en las iglesias para contribuir á preparar los efectos de campamento.

Dantón se dirigió al Ayuntamiento, y á propuesta suya apelóse á los medios más extremos. Se resolvió empadronar en las secciones á todos los mendigos, dándoles una paga y armas; dispúsose además el desarme y arresto de los sospechosos, siendo considerados como tales todos los firmantes de la petición contra el 20 de junio y contra el decreto del campamento de París. Para efectuar el desarme y el arresto imagináronse las visitas domiciliarias, que se organizaron de la manera más espantosa. Durante cuarenta y ocho horas, á contar desde el 29 de agosto por la tarde, debían cerrarse todas las barreras, y no se daría permiso á nadie para que saliese bajo ningún pretexto. Sobre el río se situaron barcazas á fin de impedir que se escapase nadie por aquella parte; y encargóse á los ayuntamientos vecinos que detuviesen á todos cuantos sorprendieran en el

campo ó en los caminos. Las visitas debían anunciarse con un toque de tambor, y á esta señal el ciudadano estaba obligado á volver á su casa, bajo la pena de que se le considerase como sospechoso si se encontraba en otra. Por este motivo, todas las juntas de sección y hasta el mismo gran tribunal debían quedar vacantes durante los dos días. Varios comisionados del Ayuntamiento, seguidos de fuerza armada, eran los encargados de practicar las visitas, apoderarse de las armas y detener á los sospechosos, es decir, á los firmantes de todas las peticiones ya designadas, á los sacerdotes no juramentados, á los ciudadanos que mintieran en sus declaraciones, y aquellos contra quienes existiesen denuncias, etc., etc. A las diez de la noche debían dejar de correr los coches, iluminándose la ciudad durante toda la noche.

Tales fueron las medidas adoptadas para detener, según se dijo, á los malos ciudadanos que se ocultaban desde el 10 de agosto. Dióse principio á estas visitas en la tarde del 27: un partido, denunciado por otro, quedó así expuesto á verse todo él reducido á prisión; cuanto había pertenecido á la antigua corte, por los empleos ó el rango ó por sus servicios en palacio; los que se habían pronunciado en su favor en los diversos movimientos realistas, y los que tenían cobardes enemigos, capaces de vengarse por una denuncia, fueron encerrados en las prisiones en número de doce á quince mil individuos. El comité de vigilancia del Ayuntamiento era el que presidía los arrestos, mandándolos practicar á su vista. A los detenidos se les conducía primeramente desde su morada al comité de su sección y luego al del Ayuntamiento, donde se les interrogaba brevemente acerca de sus opiniones y sobre los actos que probaban más ó menos energía. A menudo se encargaba del interrogatorio un solo individuo del comité mientras que los otros, rendidos de sueño por efecto de las continuas vigiliias, dormían sobre las sillas ó sobre las mesas. Las personas detenidas quedaban por lo pronto en la Casa de la Ciudad, y luego se las distribuía en las cárceles donde aún quedaba sitio. En ellas estaban encerradas todas las opiniones que se sucedieron hasta el 10 de agosto, todas las clases derrocadas, y hasta simples ciudadanos á quienes se suponía ya tan aristócratas como si fueran duques ó príncipes.

En París reinaba el terror, lo mismo entre los republicanos, amenazados por los ejércitos de Prusia, que entre los realistas, á quienes amenazaba la república. El comité de *defensa general*, establecido en la Asamblea para proponer los medios de resistir al enemigo, se reunió el 30, llamando al consejo ejecutivo á fin de deliberar sobre los medios de atender á la salvación pública. La reunión era numerosa, porque á los individuos del comité se agregaron muchos diputados que deseaban asistir á esta sesión. Emitiéronse diversos pareceres: el ministro Serván no tenía la menor confianza en los ejércitos, opinando que Dumouriez no podría detener á los prusianos con los veintitrés mil hombres que le había dejado Lafayette. No veía tampoco entre el enemigo y París ninguna posición bastante fuerte para hacerle frente y detener su marcha. Todos pensaban como él sobre este punto, y después de haber propuesto que se trasladase toda la población armada á las murallas de París para combatir allí desesperadamente, hablóse de



emprender la retirada en caso necesario á Saumur, para poner entre el enemigo y las autoridades depositarias de la soberanía nacional nuevos espacios y obstáculos. Vergniaud y Guadet combatieron la idea de salir de París; y tomando Dantón la palabra después de ellos dijo:

«Se os propone salir de París; pero ya comprendéis que en opinión de los enemigos representa esta capital á toda la Francia, y que cedérsela es abandonarles la revolución. Retroceder equivale á perdersela, y en su consecuencia se hace preciso mantenernos aquí por todos los medios posibles, salvándonos por la audacia.

»Entre los medios propuestos no me ha parecido ninguno decisivo. No debemos ocultarnos la situación en que nos colocó el 10 de agosto, dividiéndonos en republicanos y realistas, poco numerosos los primeros y muchos los segundos. En tal estado de debilidad, nosotros los republicanos nos vemos entre dos fuegos, el del enemigo, que se halla fuera, y el de los realistas, que están dentro. Hay un directorio real que reside secretamente en París y se comunica con el ejército prusiano: deciros dónde se reúne, y quién le compone, no es cosa posible á los ministros; mas para desconcertarle é impedir su funesta correspondencia con el extranjero, es preciso... es preciso infundir miedo á los realistas...»

Al oír estas palabras, acompañadas de una señal de exterminio, púntase el espanto en todos los semblantes.

«Os digo, continúa Dantón, que es preciso atemorizar á los realistas... En París es donde importa sobre todo mantenernos, y no lo conseguiríais agotando vuestras fuerzas en inciertos combates...»

Todos los individuos del consejo enmudecían poseídos de estupor; ninguno dijo la menor cosa después de pronunciarse estas palabras, y cada cual se retiró sin adivinar, ó mejor dicho, sin atreverse á penetrar las intenciones del ministro.

Dantón se dirigió al punto al comité de vigilancia del Ayuntamiento, que disponía soberanamente de las personas de todos los ciudadanos y donde reinaba Marat. Los colegas ignorantes y ciegos de este último eran París y Sergent, que se habían distinguido ya el 20 de junio y el 10 de agosto, y los llamados Jourdeuil, Duplain, Lefort y Lenfant. En la noche del jueves 30 de agosto al viernes 31 se meditaron allí horribles proyectos contra los infelices detenidos en las prisiones de París. ¡Deplorable y terrible ejemplo de los furores políticos! Dantón, que nunca sintió odio contra sus enemigos personales, y que fué á menudo accesible á la piedad, apoyó con su audacia los horribles delirios de Marat y tramaron los dos un complot de que hemos visto el ejemplo en varios siglos, pero que á fines del XVIII no se puede atribuir á la ignorancia de los tiempos y la ferocidad de las costumbres. Ya hemos visto figurar tres años antes al llamado Maillard á la cabeza de las mujeres que se sublevaron en las famosas jornadas del 5 y 6 de octubre. Este Maillard, antiguo ujier, hombre inteligente y sanguinario, había organizado una pandilla de hombres toscos, capaces de atreverse á todo y tales en fin como los que se encuentran en las clases en que la educación no ha modificado las inclinaciones ni ilustrado la inteligencia. Maillard era conocido como jefe de esta pandilla, y si hemos de dar crédito á una revelación reciente, se le avisó para que estuviese pron-

to á obrar á la primera señal; recomendósele también que tomara alguna posición útil y ventajosa; que preparara trampas y adoptase precauciones para impedir que se oyeran los gritos de las víctimas, haciendo provisión de vinagre, escobas de acebo, cal viva, vehículos cubiertos, etc.

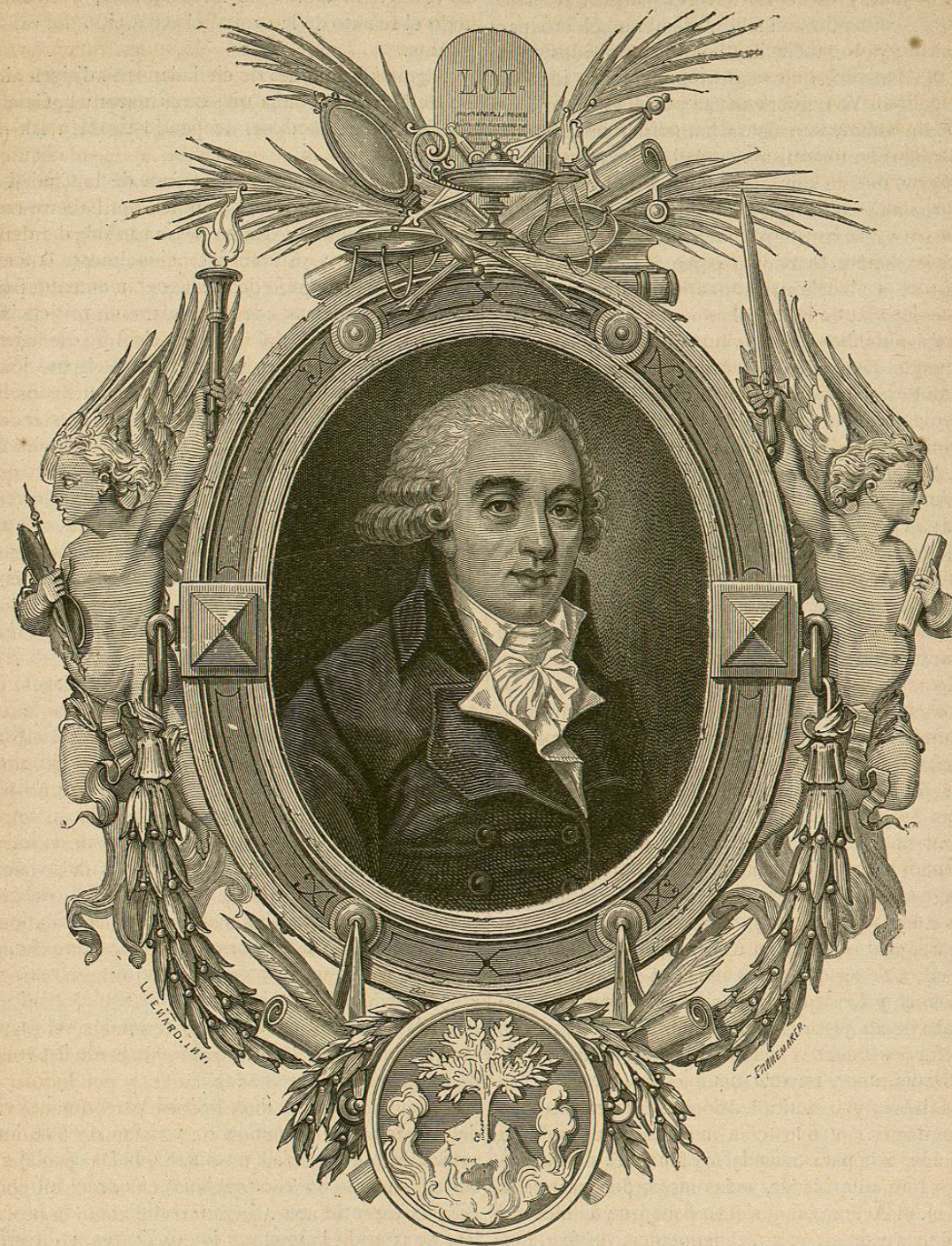
Al mismo tiempo circuló el confuso rumor de haberse practicado una ejecución horrible: los parientes de los detenidos se hallaban en la mayor angustia, y el complot, así como el del 10 de agosto, de 20 de junio y todos los demás, se anunciaba anticipadamente con siniestras señales. Por todas partes se repetía que era preciso atemorizar con un terrible ejemplo á los conspiradores, que desde el fondo de su prisión se entendían con el extranjero. Elevábanse quejas contra la lentitud del tribunal encargado de castigar á los culpables del 10 de agosto, y pedíase á gritos una pronta justicia. El 31 absuelve á Montmorin el tribunal del 14 de agosto, y al momento se propaga el rumor de que la traición está en todas partes y asegurada la impunidad de los culpables. En el mismo día se afirma que un condenado ha hecho revelaciones, según las cuales parece que los prisioneros deben escapar de las cárceles por la noche, armarse, distribuirse por toda la ciudad para tomar horribles venganzas, apoderándose después del rey y abriendo las puertas á los prusianos. Sin embargo, los detenidos que eran objeto de estas acusaciones temblaban por su vida; entre sus parientes reinaba la consternación, y la familia real no esperaba más que la muerte en el fondo de la torre del Temple.

En el club de los jacobinos, en las secciones, en el consejo del Ayuntamiento y en la mayoría de la Asamblea, había muchos hombres que creían en estos supuestos complots, y que osaban declarar legítimo el exterminio de los detenidos. La naturaleza no puede producir ciertamente tantos monstruos en un solo día, y sólo el espíritu de partido sería capaz de extraviar á tantos hombres á la vez. ¡Triste lección para los pueblos! Se cree en peligros, abrigase la convicción de que es preciso rechazarlos, repítense las mismas palabras, se siente como una embriaguez; y mientras ciertos hombres proclaman con ligereza que es preciso herir, otros hieren con sanguinaria audacia!

El sábado 1.º de septiembre terminaba el plazo de las cuarenta y ocho horas fijado para cerrar las barreras y practicar las visitas domiciliarias, y por lo mismo se restablecieron las comunicaciones; pero durante el día circula de pronto la noticia de la toma de Verdún. La verdad es que el enemigo no había hecho más que atacar la plaza; pero créese que ya ha caído en su poder á consecuencia de una nueva traición, como la de Longwy. Dantón dispone al punto que el Ayuntamiento decreta que al siguiente día, 2 de septiembre, se tocará á generala y á rebato, disparándose los cañones de alarma; que todos los ciudadanos disponibles se dirigirán armados al campo de Marte, para acampar allí durante el resto del día, y que al siguiente se pondrán en marcha á fin de ir en auxilio de Verdún. Al ver estos terribles preparativos, fué evidente que se trataba de alguna cosa más que de un alistamiento general. Los parientes de los detenidos acuden presurosos y hacen esfuerzos para que se devuelva á éstos la libertad. Una mujer generosa suplica al procurador síndico Manuel,

y consigue que se deje salir de su prisión á dos individuos de la familia de La Tremouille. Otra mujer, madama Fausse-Lendry, se obstina en querer seguir en su cautiverio á su tío el abate de Rastignac, y Sergent la

ciudadanos, y Vergniaud, poseído de patriótico entusiasmo, toma al momento la palabra, felicita á los parisienses por su valor, elogia que hayan convertido su celo en presentar proposiciones en otro más activo y útil,



Vergniaud

contesta: *Vais á cometer una imprudencia, porque las prisiones no están seguras.*

El día siguiente, 2 de septiembre, era domingo, y la ociosidad aumentaba el tumulto popular. Aparecen por todas partes numerosos grupos, y circula la noticia de que el enemigo podía estar en París dentro de tres días. El Ayuntamiento da cuenta á la Asamblea de las medidas que ha tomado para el alistamiento general de los

cual es el de los combates, y añade: «Parece que el plan del enemigo consiste en marchar directamente sobre la capital, dejando tras sí las plazas fuertes. ¡Pues bien!, este proyecto será nuestra salvación y su pérdida: nuestros ejércitos, demasiado débiles para oponerle resistencia, tendrán fuerza suficiente para acometerle por retaguardia; y cuando llegue perseguido por nuestros batallones, hallará ante sí el ejército parisiense formado



en batalla al pie de las murallas de la capital, y entonces, cercado por todas partes, encontrará su tumba en la tierra que habrá profanado. Pero en medio de estas halagüeñas esperanzas existe un peligro que no nos debemos ocultar, y es de los terrores pánicos. Nuestros enemigos, contando con ellos, siembran el oro para producirlos; ya lo sabéis, hay hombres formados de un barro tan fangoso, que se descompone á la idea del menor peligro. Yo quisiera que se pudiera señalar á esa especie sin alma y con figura humana, reunir á todos sus enemigos en una misma ciudad, como por ejemplo, en Longwy, que se llamaría la ciudad de los cobardes, y una vez allí, convertidos en objeto de oprobio, no sembrarían ya la consternación entre sus conciudadanos, ni les harían tomar por gigantes lo que sólo son pigmeos, ni por batallones armados al polvo que levanta una compañía de hulanos!

»¡Parisienses, hoy es cuando se debe desplegar una gran energía! ¿Por qué no están más avanzadas las trincheras del campamento? ¿Dónde están los picos y azadones que sirvieron para erigir el altar de la confederación y nivelar el campo de Marte? Habéis manifestado gran ardimiento para las fiestas; sin duda no mostraréis menos por los combates; habéis cantado y celebrado la libertad; es preciso defenderla. No se trata ahora de derribar reyes de bronce, sino monarcas vivientes y armados con su poderío. Pido, pues, que la Asamblea Nacional dé el primer ejemplo, enviando doce comisionados, no para hacer exhortaciones, sino para trabajar con la azada con sus propias manos, á la faz de todo el pueblo.»

La proposición es adoptada con el mayor entusiasmo. Dantón sigue á Vergniaud, y después de dar cuenta de las medidas que se han tomado, proponiendo otras nuevas, añade: «Una parte del pueblo se dirigirá á las fronteras, la otra formará atrincheramientos, y la tercera defenderá con sus picas el interior de nuestras ciudades; pero esto no basta: es preciso enviar á todas partes comisionados y correos para invitar á toda la Francia á que imite á París; es preciso expedir un decreto por el cual se obligue á todo ciudadano, bajo pena de muerte, á servir con su persona ó á entregar sus armas. Los cañonazos que vais á oír no son los de alarma: es el paso de ataque contra los enemigos de la patria. ¿Qué se necesita para vencerlos y aterrarlos? AUDACIA, MÁS AUDACIA, SIEMPRE AUDACIA.»

Las palabras y la actitud del ministro producen la mayor agitación entre los concurrentes, y adoptada su proposición, sale para trasladarse al comité de vigilancia. Todas las autoridades, todas las corporaciones, la Asamblea, el Ayuntamiento, las secciones y el club de los jacobinos estaban en aquel momento en sesión. Los ministros, reunidos en el ministerio de Marina, esperaban á Dantón para celebrar consejo; todo el pueblo estaba en pie, y en las prisiones reinaba el más profundo terror. La familia real seguía encerrada en el Temple, y como cada movimiento debía ser para ella más peligroso que para los demás detenidos, preguntaba con ansiedad la causa de tanta agitación. Los carceleros de las diversas prisiones parecían consternados; el alcaide de la Abadía tomó la precaución de hacer salir del edificio por la mañana á su mujer y sus hijos. Se sirvió á los prisioneros la comida dos horas antes de la acostum-

brada, cuidando de suprimir los cuchillos; y como preguntaran á sus guardianes la causa de esta novedad, ninguno quiso contestarles.

Á las dos comienza por fin el toque de generala; oye-se el lúgubre tañido de las campanas, y resuena en todo el recinto de la capital el estampido del cañón de alarma.

Algunos batallones de ciudadanos se dirigen al campo de Marte, mientras que otros rodean la Casa de la Ciudad y la Asamblea, ocupando también las plazas públicas.

Hallábanse entonces en la Casa de la Ciudad veinticuatro sacerdotes que, detenidos por haberse negado á prestar juramento, debían pasar á la sala del depósito de la Abadía; y ya fuera intencionalmente ó por efecto de la casualidad, eligióse aquel momento para su traslación. Se les manda acomodarse en seis coches de alquiler, y seguidos de una escolta de confederados marseleses y bretones, se les conduce al paso hacia el arrabal de San Germán, siguiendo los muelles, el Puente Nuevo y la calle de la Delfina. Muy pronto les rodea la multitud para colmarles de insultos. «He ahí, dicen los confederados, los conspiradores que debían asesinar á nuestras mujeres é hijos mientras que nosotros estuviéramos en la frontera.» Estas palabras aumentan el tumulto; y como las portezuelas de los coches estaban abiertas, los infelices sacerdotes quieren cerrarlas para preservarse de los malos tratamientos; pero se les impide hacerlo, y deben sufrir resignadamente los golpes y los ultrajes. Por fin llegan al patio de la Abadía, donde se hallaba ya reunida una inmensa multitud: este patio conducía á las prisiones y se comunicaba con el salón donde celebraba sus sesiones el comité de las Cuatro Naciones. Al presentarse el primer vehículo ante la puerta del comité, rodeóle una multitud de hombres furiosos, entre los cuales se hallaba Maillard; ábrese la portezuela, y baja el primer prisionero para entrar en el comité, pero cae en el acto acribillado de heridas; el segundo se echa hacia atrás en el fondo del coche, mas le arrancan de allí á viva fuerza y es inmolado, lo mismo que sus dos compañeros que salen después. Los asesinos abandonan entonces el primer carruaje para emprenderla con los siguientes, que van llegando uno después de otro al patio fatal; y todos los veinticuatro sacerdotes reciben la muerte en medio de los aullidos de un populacho furioso (1).

En aquel momento llega Billaud-Varennes, individuo del consejo del Ayuntamiento, y el único entre los organizadores de aquellas matanzas que las aprobó constantemente, osando contemplarlas con cruel intrepidez. Billaud-Varennes, pues, llega revestido con su faja, adelantándose pisando la sangre y los cadáveres, y dirigiendo la palabra á los asesinos, les dice: *¡Pueblol, inmolas á tus enemigos; así cumples con tu deber.* Apenas pronunciadas estas palabras, oye-se la voz de Maillard que grita: *Ya no tenemos nada que hacer aquí; vamos al Carmen.* Su pandilla le sigue entonces, y todos se precipitan hacia la iglesia de este nombre, donde se había encerrado á doscientos eclesiásticos; penetran en el templo, y dan muerte á los infelices, que elevaban sus oraciones

(1) Excepto uno solo, el abate Sicard, que se salvó como por milagro.

al cielo esperando su última hora abrazados unos á otros. La multitud pregunta dónde está el arzobispo de Arles, le buscan, le reconocen y le matan de un sablazo en el cráneo. Después de servirse de sus sables, los asesinos apelan á las armas de fuego; hacen descargas generales en el fondo de las salas, en el jardín, contra las paredes, y también á los árboles, donde trataban de salvarse algunas de las víctimas.

Mientras que termina la matanza en el Carmen, Maillard vuelve á la Abadía con una parte de los suyos. Cubierto de sangre y sudor, penetra en el comité de la sección de las Cuatro Naciones, y pide *vino para los bravos operarios que libertan á la nación de sus enemigos.* El comité, temblando de espanto, manda que les den veinticuatro azumbres.

Sírvese el vino en el patio, sobre mesas rodeadas de los cadáveres de las personas asesinadas al mediodía; todos beben apresuradamente, y de pronto grita Maillard mostrando la prisión: *¡A la Abadía!* Al oír estas palabras, síguenle sus hombres y atacan la puerta. Los prisioneros oyen con espanto los gritos, señal de su próxima muerte; el carcelero y su mujer se desmayan; ábrese las puertas; y los primeros detenidos que se ofrecen á la vista son arrastrados por los pies y se les arroja al patio cubiertos de sangre. Mientras que se inmolaba sin distinción á los primeros, Maillard y sus satélites piden los registros y las llaves de todos los encierros; uno de aquellos hombres se adelanta hacia la ventana del postigo, súbese á un taburete y toma la palabra. «Amigos míos, dice, queréis aniquilar á los aristócratas que son los enemigos del pueblo, y que debían asesinar á vuestras mujeres é hijos mientras estuvierais en la frontera. Tenéis sin duda razón; pero sois buenos ciudadanos, amáis la justicia, y os desesperaría manchar vuestras manos con sangre inocente.—¡Sí, sí!, gritan los ejecutores.—¡Pues bien!, yo os pregunto: cuando sin escuchar razones os arrojáis como tigres furiosos contra hombres desconocidos, ¿no os exponéis á confundir á los inocentes con los culpables?» Uno de los presentes, armado de un sable, interrumpe al orador diciendo: «¿Quieres tú también hacernos tontos? Si los prusianos y los austriacos se hallaran en París gratarían de distinguir á los culpables? Tengo una mujer é hijos, y no quiero dejarlos expuestos; si os place dar armas á esos tunos, nos batiremos contra ellos en número igual, y antes de marchar quedará limpio París.—¡Tiene razón!, gritan los otros: es preciso entrar.» Y empujándose unos á otros avanzan en tropel. Sin embargo, se les detiene para obligarles á consentir en una especie de juicio. Entonces se resuelve tener á la vista el registro de los prisioneros; uno de los ejecutores hará las veces de presidente, leerá los nombres y el motivo de la detención y pronunciará la sentencia acto continuo. «Maillard, presidentel,» gritan varias voces; y el jefe de la pandilla se dispone á desempeñar sus nuevas funciones. Siéntase el terrible presidente ante una mesa; coloca delante de sí el registro de los prisioneros; sitúa á su alrededor algunos hombres para que emitan su parecer; nombra á otros para traer los prisioneros, y deja á los demás á la puerta para llevar á cabo la matanza. A fin de evitar las escenas desgarradoras, conviénese en que pronunciará sólo las siguientes palabras: *el señor á la Fuerza*, lo cual bastará para que saquen al prisionero del postigo y le

den muerte los hombres armados de sables que se hallan fuera.

Presentan primeramente á los suizos que estaban en la Abadía, y cuyos oficiales fueron conducidos después á la Conserjería. «¿Sois vosotros, les dice Maillard, los que asesinasteis al pueblo el día 10 de agosto?—Fuimos atacados, contestan aquellos infelices, y obedecíamos á nuestros jefes.—Está bien, contesta fríamente Maillard, no se trata más que de conducirlos á la Fuerza.» Sin embargo, los infelices no pueden engañarse, porque han visto los sables amenazadores al otro lado del postigo. Todos retroceden para salir; uno de ellos, más sereno é intrépido, pregunta por dónde ha de pasar. Ábrele la puerta, y precipítase con la cabeza baja en medio de los sables y de las picas; los demás se lanzan detrás de él y sufren la misma suerte. Los ejecutores vuelven entonces á la prisión, amontonan á las mujeres en una misma sala, y preséntanse con nuevos prisioneros. Algunos de éstos, acusados de fabricar asignados falsos, son los primeros que mueren. Después de ellos llega el célebre Montmorin, cuya absolución había causado tanto tumulto, y á quien no se había puesto en libertad. Presentado al terrible presidente, declara que está sometido á un tribunal regular, y que no puede reconocer otro. «Sea, contesta Maillard; iréis, pues, á la Fuerza á esperar un nuevo juicio.» Engañado el ex ministro, pide un coche, pero contéstale que encontrará uno á la puerta. Después de solicitar que le devuelvan algunos efectos, adelántase hacia aquélla y recibe la muerte.

Llega después Thierry, ayuda de cámara del rey. *Tal amo, tal criado*, dice Maillard; y el desgraciado cae bajo los golpes de los asesinos. En seguida traen á los jueces de paz Buob y Bocquillon, acusados de haber formado parte del comité secreto de las Tullerías; y sin más motivo que éste reciben la muerte. La noche avanza entretanto, y cada prisionero, oyendo los alaridos de los asesinos, cree llegada su última hora.

¿Qué hacían en aquel momento las autoridades constituidas, todas las corporaciones en sesión, y todos los ciudadanos de París? En esta inmensa capital podían á la vez reinar la calma y el tumulto, la seguridad y el terror; tan distante está un punto de otro. La Asamblea no había sabido hasta muy tarde las desgracias de las prisiones, y mudos de estupor sus individuos, enviaron varios diputados para apaciguar al pueblo y salvar las víctimas. El Ayuntamiento delegó comisionados para que se pusiera en libertad á los presos por deudas, distinguiendo á *los inocentes de los culpables*, según decía. Por último, los jacobinos, aunque estaban en sesión y sabían lo que ocurría, guardaban un silencio convenido. En cuanto á los ministros, después de reunirse en el ministerio de Marina para formar el consejo, no tenían aún conocimiento de nada, y esperaban á Dantón, que estaba en el comité de vigilancia. Decía allí que el comandante general Santerre había dado órdenes, pero que no le obedecían, y que casi toda su gente estaba guardando las barreras. La verdad es que se dieron órdenes desconocidas contradictorias y que se notaban indicios de existir una autoridad secreta y opuesta á la pública. En el patio de la Abadía había un puesto de guardia nacional, cuya consigna era permitir la entrada y no la salida; en otros puntos esperaban órdenes los puestos militares, pero no llegaban. ¿Habría perdido